

## CONTESTACIÓN

DE

DON LAUREANO VILLANUEVA

*Señores Académicos:*

Designado para contestar el discurso de recepción del señor Doctor Don Julio Calcaño, he considerado obligatorio aceptar el encargo; atento que, es para mí igualmente honroso servir a la Academia, que recibir a las puertas del salón y dar asiento entre nuestros individuos de número, a un ingenio de mérito considerable, de quien soy amigo y admirador. Demás de que, viene el señor Calcaño a llenar el sillón del poeta Don Jacinto Gutiérrez Coll, que duerme hace tiempo custodiado por las vestales de la gloria. Espíritu de la raza querida de los dioses, de que habla Virgilio; cuyos versos idealizados de armonías, esperanzas y apasionada sinceridad fueron leídos algún día entre aclamaciones de júbilo en esta ilustrada Corporación.

Poeta que deliraba en la belleza pura; en la griega belleza de la sencillez sublime; y al par que poeta, ciudadano siempre dispuesto en todas ocasiones a servir a la República con su inteligencia y con su corazón; esto es, con su alma de demócrata y su carácter de valiente dignidad. Y después de tributar, señores, aunque con harta brevedad, este culto de dolor y de cariño al amigo finado, como una flor puesta en su sepulcro; evocada su sombra para venerarla con piadosas lágrimas; y ofrecido, a manera y modo de oblación a sus manes, el sentimiento con que le amamos vivo, y con que le recordamos muerto; como se aman y se recuerdan las bellas almas; vuelvo la mirada hacia los vivos, y tiendo luego la mano noblemente al compañero recién llegado para que le diga, en silencio, juntamente con nosotros el triste adiós que los muertos oyen vivos en el cielo.

Y desde luego, expresado ya mi afecto a su memoria, y hecha reverencia a su tumba, paso a cumplir con la Academia el deber que me corresponde, de felicitarla por la reflexiva determinación con que procedió a elegir al Doctor Calcaño: en consideración de que los méritos de un académico fallecido son herencia de las letras patrias, que no nos es permitido transferir a persona sin títulos. De lo contrario, ofenderíamos con el desdoro la memoria de los que fueron en la Academia nuestros compañeros y amigos.

Bienvenido sea, pues, el nuevo académico, que al paso que nos trae las excelencias de sus luces, enaltece el puesto con la dignidad de sus merecimientos: y cuya fama justamente extendida, aun fuera de Venezuela, haría inoportuno cualquier examen con que yo pudiera apreciar sus artículos y libros, su lenguaje y estilo; labor a que me considero insuficiente.

Cuanto más que, las consideraciones que se le guardan en la docta Real Academia Española y en sociedades literarias de Madrid y París, dan testimonio de los quilates de su valimiento, y justifican el acatamiento que le hacemos en el asiento de honor que ocupa, hace tiempo, entre los ingenios de la República.

Con todo; debiendo contestar su discurso, que acabáis de escuchar, he tenido que esperar hallarme en circunstancias que mediasen para pensar y recordar; y después, para escribir alguna página en la que se reflejasen ideas de utilidad pública: nunca a manera de discurso propio de tan solemne ocasión, como para hombrearne con el Secretario perpetuo de nuestra Academia de la Lengua, sino como disertación rápida, con arreglo a la estructura de este discurso, la cual no habría tenido otro mérito que transparentar, mediante estudios nuevos y desapasionados, los diversos períodos de la civilización de Venezuela: quiero decir, lo tocante a

- la aparición de su libertad;
- a sus modos de considerar el dogma de la vida humana;
- y en tercer lugar, al desenvolvimiento de todas sus facultades, según la Ley de la Providencia de Dios.

Verdades vitales de la historia, dichas en otros términos para hacerlas más perceptibles:

— La libertad, que ha sido la espiritual fuerza creadora de su progreso;

— Sus adelantamientos en la moral moderna, para consagrar la vida del hombre como una verdad seria y santa;

— y finalmente, la filosofía de su espíritu, si decimos, la ciencia de su propia vida; el movimiento de su perfectibilidad, de su rotación, conforme a la ley de la providencia, que rodea y gobierna la humanidad, y sin la cual la historia sería un tumulto, nada menos que la imagen del caos, en donde el hombre, náufrago, no habría podido asirse de quien lo salvase sobre las olas de los siglos.

Tal pudo ser el tema de mi discurso, que habría desarrollado con el mayor gusto, si la ocasión se hubiera mostrado más favorable a este género de esparcimientos.

Así que, sin estímulos y por lo mismo sin ánimos, para subir a tan sobresalientes cumbres, al arrojarme a desempeñar el encargo de la Academia, tengo que reducirme a tratar, apenas, alguno que otro punto del discurso del Doctor Calcaño, como será aquella singular frase de Cicerón, que tanto daña a la historia: fiando en que los intelectuales que me oyen, y cuya gracia invoco, convendrán en que no hay palabra estéril; y que bien merece ser oído con indulgencia un orador sin pretensión, que si no tiene ya las ilusiones de la juventud, conserva, sí, palpitantes y lozanas las ilusiones de la libertad.

Cierto, señores, que Cicerón no creía en la buena fe de los historiadores; ni pensaba que fuera delito adulterar los hechos, cuando lo consideraba menester para los intereses de la política o de los negocios particulares. Fuera de que, orador de vanidad sin igual, sacrificaba todo, aun la verdad, a truco de hacerse aplaudir en la tribuna; y moralista de carácter incierto, aunque con ingenio de verdadera grandeza, daba en privado consejos contrarios a los que recomendaba en público.

En su libro de la *Oratoria* dice que la primera ley de la historia es no atreverse a decir nada falso; y la segunda, atreverse a decir todo lo que sea verdad: y sin embargo, en carta íntima a su amigo Luceius, le manda el siguiente consejo que el profesor Fabia, en sus conferencias, califica de perverso: "En favor de nuestra amistad, dice, puedes ir un poco más lejos de lo que permita la verdad".

De tal concepción corriente en aquella literatura, en la que es menos de notarse lo severo de la historia que lo elocuente del historiador, surgían a cada paso en el Senado y fuera de él, acérrimas oraciones políticas, en las que se invocaban tradiciones, no para averiguar lo cierto y la verdad, como es el objeto de la historia, sino para atender a intereses de facciones y partidos; y en vez de discurrir con sinceridad y pureza, daban a las oraciones el temple de un combate. Y de aquí es que, se me ha hecho necesario explicar conforme a libros que cito la antedicha frase que empaña la noción pura de la moral.

Cicerón, no obstante las visiones de su genio, nunca llegó a pensar que la historia alcanzaría puesto tan prominente en el cuadro de las ciencias filosóficas, de las ciencias de la razón y la experiencia. De suerte que para penetrar su pensamiento fuera menester que nos diésemos cuenta del medio en que respiraba; es a saber: de las costumbres, leyes, religión y literatura de su época. Limitado, empero, en este discurso, a recordar sus formas de tratar la historia, diré únicamente, que los romanos sin embargo de ser elocuentes no fueron filósofos de la historia. Y aún entonces, dicen los críticos, si bien sus tres maestros de mayor fama, César, Salustio y Tito Livio la escribieron ciertamente con maravillosa majestad, todavía han quedado lejos del ideal moderno de la historia, o sea de su filosofía; ciencia que fue desconocida de los antiguos, excepto de los judíos, cuyos escritores la tuvieron aprendida, según dicen, de los babilonios; aunque si bien se mira, derivábanla de una metafísica que más me parece concepción extracientífica que concepción de rígido carácter histórico, por cuanto al analizarla se encuentra que no resiste al examen de la crítica.

¡Qué diferencia, señores Académicos, entre la historia del tiempo de Cicerón y la de Tácito, que creó doscientos años más tarde otro arte de escribirla, con un estilo inmortal, que puede calificarse de contemporáneo de los veinte siglos cristianos, en cuanto que no se marchita, ni se desprestigia, ni envejece.

Y más honda se hace la diferencia entre la historia, escrita y considerada, según el modo que tenían de costumbre los romanos, y la historia meditada y escrita, conforme al sentido filosófico de los tiempos posteriores. Me refiero a la Edad Media, cuyos escritores respondiendo al espíritu teológico, reinante a la sazón, formaron la concepción agustiniana que dominó toda la literatura, desde el siglo IV hasta Bossuet, que la perfeccionó con su discurso sobre la historia universal. Eclípsase, cierto, en la tormenta de la Revolución, pero reaparece sustentada con elocuencia por De Maistre, Lamennais, Schlegel, Bonald y otros igualmente nombrados en Francia, en Alemania y en España.

Tal es la escuela literaria con arreglo a la cual escribió sus historias nuestro célebre literato Don Juan Vicente González, a manera de neo-católico muy latino; puesta la mirada en los cielos, como para buscar allí, porque nadie sabe dónde empieza la historia, la causa de los acontecimientos y las leyes de su desarrollo. Sistema que, según puede observarse, no deja de tener algunos propagandistas en Venezuela.

Y si después de aducir contra el concepto de Cicerón pruebas consultadas con libros de lo pasado, se me permite poner la literatura de la antigüedad clásica frente a frente de la literatura contemporánea, haré notar que para oponerse a los romanos idealizados de Tito Livio, y a la tribuna de fantasías históricas de Cicerón y César, en que con desacato a la verdad, finge el uno descender de los Reyes de Alba, y el otro, de la diosa Venus, se ha levantado la cátedra de Taine con su filosofía unitaria, monística, determinista, como base de su crítica literaria y de su arte, para escribir la historia *sin elogiar ni con denar, sin aborrecer ni amar, nunca exhortando a la virtud, nunca instruyendo en la política; muy lejos de su ánimo mejorar el corazón, dado que le importa poco que los hechos sean bellos o feos*. Pues su intento y su deber es descubrir la verdad, dice, interpretando los sucesos como acciones fatales que el hombre no puede evitar, los personajes *como autómatas espirituales*, y la humanidad como una teorema que marcha. Hecho todo, en suma, con una psicología mecánica; con la fidelidad y precisión con que la placa autocrómica reproduce en su colorido natural las entrañas de los muertos. Historia sin moral, que nos hiela de espanto. Pero en mi concepto, no más que una reacción esforzada y sostenida por el método de crítica de Saint Beuve, con la intención vigorosa de combatir la literatura teológica, las supersticiones históricas y el gobierno bíblico de la Edad Media; y también las fábulas de los autores latinos, ora de la grande época, ora de la decadencia.

Demás de esta cátedra, tuvimos en el Colegio de Francia la del hebraizante Renán, ingenio del análisis de la historia, quien no obstante su panteísmo, sostiene que la razón lejos de atentar a la verdad, al libre albedrío y a la providencia, debe consagrarse a mantener el dogma del progreso de la humanidad por medio de esfuerzos reflexivos.

Ahora bien: volviendo los ojos a Venezuela, distingo, a lo que se me alcanza, preferentemente aficionados a estos dos últimos sistemas filosóficos, algunos jóvenes compatriotas, cuyas opiniones respeto, siendo así que fui y soy por todos conceptos, pensador de alma libre; dispuesto a simpatizar con todos los talentos, y a deferir a cualquier género de producciones del espíritu.

Y todavía, más cerca de nosotros ha aparecido otra filosofía de la historia, que impera, y se extiende ya con prestigio; la cual se propone coordinar fórmulas generales sobre elementos positivos, en propios términos de hacer la generalización de los hechos sin sujetarse a supersticiones, instintos, caprichos ni extravagancias de escuela. Doctrina sensata, cuanto libre y seductora.

Ni podrá ser menos digna de atención en un Cuerpo científico como éste, la influencia que ha ejercido el método del darwinismo en las investigaciones históricas, desde 1859: evidente, como lo es, la idea arraigada ya en la teoría del origen de las especies; por medio de la cual se proponen reconstruir sus adeptos la historia de los pueblos, vista y apreciada como efecto de la evolución de formas primitivas, creadas por los atributos de Dios: en la hipótesis de que el hombre en la naturaleza es un organismo que se ha venido modificando por infinito número de causas, y producido por selección, las especies y variedades de las razas humanas.

Teoría atrevidísima y radicalmente revolucionaria que en las ciencias naturales se sostiene en controversia permanente; si bien dando lugar a exageraciones de algunos entusiastas partidarios

suyos, que por adelantarse a Darwin se han extraviado hasta desconocer el poder creador de Dios, sin querer confesar que las ciencias ateas pronto han caído, para no acordarse apenas nadie de ellas. Por cuanto la vida espiritual como la vida material no se forma, ni se nutre ni perdura fuera de la luz y del calor de Dios.

Señores: Admiro a Cicerón del modo que admiro todo lo grandioso, como lo son los oradores que amparan la libertad; y al mismo tiempo en que reconozco cuánto deben a sus talentos los progresos de la razón humana, dejóle en el sacro templo de su gloria, iluminado de ideas, para retirarme al fondo de mi espíritu a conversar con ingenios modernos; ya que como dice Michelet, y lo repite Renán, las conversaciones que más nos instruyen son dos, a saber: la conversación con los sabios y la conversación con el pueblo.

Entre tanto pueda conversar con el pueblo, como lo deseo, porque yo vengo del pueblo y amo al pueblo, conversaré con los padres de la historia: con Mignet el inexorable, aunque sincero destinista; y con Thiers, dramático y fatalista, que deja ver la huella de la Providencia en la suerte del mundo. Al lado de ellos leeré a Thierry y a Michelet, cuyas obras se estiman como la perfección de la ciencia: a Quintana, tribuno de la civilización; a Guizot, adusto, si bien profundo, al estilo y manera de los profesores calvinistas. Y finalmente, estudiaré en César Cantú, en este historiador de saber inmenso, a quien debo gratitud personal, y en Macaulay, honrado inglés, cuyo arte prevalece, como modelo en todas partes, las infinitas evoluciones del alma de la humanidad, mirándola siempre viva entre los muertos, luminosa entre las sombras.

A más de que, cuando la retórica del discurso no me permitiese dar mayor extensión a esta materia, todavía tendría que recordar, procurando no fatigar al auditorio, a los dos historiadores que llenan el corazón y la inteligencia de las nuevas generaciones: hablo de Castelar y Lamartine.

Castelar, con sus ojos de águila, ahonda en los abismos de los tiempos, y dibuja con su pincel rafaélico el engrandecimiento de la humanidad, llevado a cabo por el genio de la libertad.

Historiador artista, armoniza con música casi divina los espirituales sentimientos del cristianismo, purificado, si decimos, del amor, y de la región con el alma de la Patria y con las virtudes sublimes, cuanto heroicas de la democracia.

Lamartine nos ha enseñado la filosofía pintoresca de la historia. Ilumina las escenas con su palabra de orador incomparable, y sin faltar a la verdad, las embellece con su poesía, la más sentida y hermosa del siglo XIX. Tiene simpatías por todas las víctimas; pide a las Gracias una guirnalda de rosas para ceñir la cabeza de la reina-mártir; y en medio del diluvio de sangre de la Francia, inclínase ante la providencia para exclamar: *"Dios ha puesto este precio a la germinación y florecimiento de sus designios sobre el hombre"*.

Es, me parece, el historiador más leído y más amado, porque deja, dice un pensador, *su corazón a la humanidad*, y se levanta como el espíritu justo de aquella Revolución gloriosa y triste.

Para dar fin a la impugnación del concepto del orador romano, quiero concentrar mi pensamiento en la filosofía, en la moral y en la política de Venezuela, y mencionar historiadores suyos, beneméritos, que muy lejos de enseñarnos embustes según la índole de la frase combatida, nos han ilustrado en la verdad de lo pasado y adiestrado para penetrar en los misterios de lo porvenir.

Don Antonio L. Guzmán y Don Juan Vicente González, rivales en política y en literatura, como Salustio y Tito Livio; escritores de tono independiente, como suelen los talentos elevados, nos han legado libros, folletos, periódicos, páginas riquísimas en doctrina literaria y noticias fidedignas: y juicios filosóficos y políticos, para humanizar los caracteres, nacidos de criterios distintos, sin duda alguna, pero con invasiones audaces en los secretos de la historia, con probidad para escribirla y libertad para juzgar los acontecimientos y los hombres.

Larrazábal narra con espíritu distinguido en todas las tribunas, ya en la prensa, ya en sus libros, ya en el profesorado, al modo que contaban los griegos sus heroicas guerras en las plazas de Atenas, coronadas de mirtos y laureles, la historia de nuestra patria, que es la historia de su libertad; la historia de su progreso, que es la historia de sus ideas; la historia, en suma, hermosa como el sol, de nuestro Padre y Libertador.

Baralt escribe con la savia de los clásicos: saca de sí formas preciosísimas para el arte del bien decir, y borda con hilos de oro páginas inimitables en que dilucida la filosofía de la libertad, el derecho de progresar y vivir al amparo de las leyes; y por final, el dogma de la voluntad del pueblo como origen del poder. Y en lo tocante a la filosofía de la historia, repugna los principios de la escuela neo-católica, y reconoce todo al contrario y defiende el libre albedrío, como ley fundamental de la moralidad y de la responsabilidad. Ni menos quiso afiliarse en la estéril escuela de los escépticos, que es la filosofía de la gente frívola, pues siempre tuvo por cierto los destinos de la humanidad y la ley revelada de la Providencia.

Sin dejar de ser clásico en las formas, describe diversas veces y expresa sentimientos que me parecen imitaciones de la literatura llamada en España, desde los tiempos del Duque de Rivas y Alcalá Galiano, romanticismo de factura española, histórico o legendario. Como quiera que sea, su historia de Venezuela hace al caso y mucho en cuanto a los alientos y belleza con que nació nuestra literatura al calor de la libertad. Porque la libertad, dice Gibbons, es la musa del buen gusto y de la sabiduría.

Permítaseme, por último, señores Académicos, cerrar este párrafo diciendo en homenaje a tan ilustre escritor, a quien he escogido por maestro, que pocas veces si alguna, se ha escrito nuestra historia con tan armoniosa elegancia, con menos pasión, mayor independencia, ni más original grandeza en la facultad de comprender los hechos.

Señores Académicos: en cuanto a las ideas que a manera de problemas, ya históricos, ya filosóficos, ya morales, expone el Doctor Calcaño en la parte relativa a sucesos de Colombia y Venezuela, haría muy mucho al caso subir a los raudales de la historia nacional, por lo que mira al intento de desentrañar su índole y carácter: en consideración de que en el feliz instante intelectual en que nos hallamos se me viene a los ojos toda nuestra historia con su moral, literatura, política, ciencias, guerras, costumbres, instituciones civiles y religiosas; el movimiento, en suma, perpetuo de adelantos y retrocesos de la civilización.

Empero, cuando el examen de tales materias diera vida a lo pasado, conviene advertir que no es llegado el tiempo en que la Academia pueda consagrarse a estudiarlas y menos a darles su sanción, no estando aún en posesión inconcusa de la conciencia de nuestros mayores, de sus ideas y de sus pasiones. Pues en hecho de verdad, las Academias de historia, que se reputan bien abastecidas en ciencias, no forman su criterio sino en el curso de largo tiempo, en cuanto indagan con la alta crítica, depuran las fuentes de las informaciones, cristalizan los hechos, discuten sin amar ni aborrecer, penetran en las profundidades de las causas, y ven y leen, finalmente, en las almas de los hombres y en las almas de los pueblos.

Laboran con la majestad de la naturaleza: y no dan al mundo, sino al cabo de siglos, sus lecciones para educar el porvenir. Lo comprobaré con algunos recuerdos.

La Academia Francesa ha tenido que esperar hasta 1853, es decir, más de dos mil años, para emitir su dictamen sobre el genio de Tito Livio; y aún resuenan, admirando al mundo, los alegatos de Lamartine y Napoleón III sobre el alma de la civilización que Julio César impuso al imperio de los romanos.

A lo que se me alcanza, la historia se constituye por procedimientos invisibles, lentos, calladamente, al modo que se organizan los volcanes submarinos; los cuales, a juicio de Humboldt, gastan millares de años en subir, entre olas hirvientes del fondo del mar a su superficie.

Tácito y Suetonio publicaron sus libros sobre doscientos años de muertos los Emperadores. Y Plutarco los suyos en el siglo segundo del Imperio Romano, si va a decir verdad, cinco siglos distantes de la Grecia de Pericles.

Demás de que, no corresponde a un orador de la Academia debatir tales tesis con ocasión de tan eminente solemnidad. Si bien, dejándolas aparte, veladas no sin mi respeto, voy a decir lo que pienso sobre cierto concepto del ilustre nuevo académico, que toca tan a lo vivo la literatura histórica, como la otra frase romana de que he hablado en la primera parte de mi discurso.

Me refiero a la opinión, en mi sentir equivocada, de atribuir a los estudios de historia, o de otro modo, al saturamiento de literatura, las acciones dañosas de algunos hombres de letras. Y al efecto, cita el Doctor Calcaño en su apoyo el caso del Director del Colegio de *El Salvador del Mundo*; literato sobremanera erudito y de mí respetado; y con lo que se propone hacernos ver de qué manera hubo de convertirse aquel colegio en instrumento de conspiración contra la tranquilidad pública; y cómo al fin se arrojaron sus discípulos, alucinados con las incitaciones de su romántico director, a los campos de la guerra civil.

El hecho por desgracia está acreditado de cierto y positivo; pero de él no puede deducirse, en buena lógica, la consecuencia de que las letras sean o hayan sido perjudiciales a la paz de las sociedades: concepto que el Doctor Calcaño toma de Cicerón.

Probaré a demostrar, si la Academia lo consiente, que el hecho referido de carácter puramente individual, disecado conforme a la ciencia, en nada afecta la moral de la historia, ni menoscaba la convicción que los lógicos tienen de la eficacia de las letras en el progreso de los pueblos.

La vehemencia de carácter del director de aquel colegio, su inclinación contra el orden público imperante, como dice el Doctor Calcaño, todo eso era un fenómeno patológico productor de movimientos bruscos, que lo lanzaban de ordinario fuera de los límites de la razón. No había en su espíritu influencia alguna de las letras, de suyo apacibles, como causa generadora de sus acciones; sino al contrario, la de la pasión impetuosa, llevada hasta ocasionar el rompimiento de equilibrio por el abuso de sus inherentes emociones.

Las enseñanzas de la psicología y de la medicina autorizan para mirar tal accidente, tanto como otros de literatos igualmente espectables, no efectos de sus conocimientos literarios, puesto que la literatura no es foco de agentes infecciosos; sino resultado de las tendencias primitivas de cada naturaleza individual, como lo demuestra Jouffroy; o de la aversión a los enemigos, como dice Bossuet; o del odio, si hemos de creer lo que han comprobado los clínicos, y lo que presenta a los ojos la amena literatura espiritual.

Tal es la noción clásica sobre las monomanías de las pasiones políticas; las cuales pueden muy bien coexistir con una vasta instrucción literaria, deslumbradora, cierto, como en el caso aludido; pero incapaz, muy para deplorar, de hacer servicio alguno a la libertad racional, porque anhelan las sociedades cultas y los gobiernos prudentes.

Pero con todo eso: siempre se dirá con justicia que aquel gran literato, aun con su enfermedad del alma, fue gloria esclarecida de la romántica raza española, maestra de nuestras bellas letras: raza de nuestros padres, que nos ha dado con el temple de su sangre, el arte divino de la elocuencia; y raza también de nuestros hijos, que sabrán prenderla y perpetuarla en los robustos bosques de estas Indias, hechos por Bolívar principados de la idea republicana; tumultuosos, sí, pero rebeldes a todo género de tiranías.

Y apelo a vosotros, venerables Académicos, repúblicos de excelencia en la historia y en la reflexión, para que recordéis juntamente conmigo lo inadecuados que han sido para nuestra política hombres de pasiones arrebatadas y en conado espíritu de partido, por favorecidos que fueran de las musas.

Y aunque nuestro insigne nuevo compañero conoce tanto como yo, y sin duda mejor que yo estas verdades científicas; con todo, querría con sus doctas lucubraciones de historiador austero penetrar el centro vivo de los sucesos, y sondear nuestra filosofía crítica, para llegar, como investigador sagaz y polemista estratégico aclarando hechos confusos, a averiguar las verdades vitales de la historia.

Por fortuna, tan lastimosos hechos no constituyen reglas, sino excepción.

Pues claro se ve en los surcos de la historia que, si se siembra la literatura en un cerebro sano, en una cabeza bien organizada para su estudio y aplicaciones, brota de sí, como sucede con los gérmenes en tierra virgen, el calor fertilizante, con que el entendimiento produce frutos confortables.

Entonces la política no es la desheredada del ideal, sino progreso.

Y el progreso, sino resultado de combinaciones acertadas de los intereses individuales con los del Estado: de donde nacen la riqueza y la libertad del pueblo, y el derecho y la fuerza de la Patria.

Y tan lejos estoy de imaginar que las letras y las ciencias hagan daño a pueblo alguno, cuanto que podría sostener que nos enseñan por el contrario, a amar la verdad, lo bello y lo grande; a sentir dulces pasiones; a admirar la obra de los genios civilizadores, y clamar a la edad venidera por el reinado de la moral, del pensamiento y de la fe.

Si por ventura se me permite comprobar mis aseveraciones, diré que Chateaubriand admira a Bolívar, y fulgura su inmortalidad con frases galantísimas que vibrarán por siempre en la mente de todas las generaciones: y que Olmedo, de vena lírica sublime, iguala en una misma grandiosa gloria épica a los triunfadores de Junín y de Ayacucho con los guerreros olímpicos de Hornero.

Si busco ejemplos entre los sabios, citaré a Vargas, ya que su virtud de Presidente augusto vive bendecida en la memoria del corazón; y ya que Venezuela le venera y ama por cuanto reveló generosamente a su juventud los ideales de las ciencias modernas; que son los ideales de las armonías superiores; de donde emana la verdad. Y luego, con el mismo miramiento recordaré al Doctor Aranda, a la par de orador, Hombre de Estado, que abrió nuevos caminos a la vida democrática, con rayos de luz para el comercio, los agricultores y los obreros, y animó el espíritu de la Patria con su talento, no más que con la idea de crear el instituto de movilización del crédito territorial por medio de la garantía de la República. Consolatoria idea de política eminente, que desde entonces acá, aparece y se pierde entre crepúsculos; hasta que por ley del progreso haya de convertirse en sustancia y fuerza eficaces para resucitar la riqueza de la propiedad.

Mi afición a la literatura me acerca a Andrés Bello, padre de las musas americanas, que canta con cánticos de gloria la pompa espléndida de la patria del Sol: y que a manera y modo de civilizador ilustra a los americanos en el habla castellana, y los doctrina en la ciencia y arte de defender en la paz, en la gran paz de la libertad, la inviolabilidad de su independencia, el poder y autoridad de su soberanía y la quieta posesión de su territorio.

Si se habla de los Grandes que pasaron, no se puede dejar de nombrar a Cecilio Acosta, que adoraba las bellas letras como San Agustín adoraba a Virgilio. Culto que viene ser fuente de sentimientos morales con que se nos educa en la ciencia del bien, y por cuyo medio se desarrollan los gérmenes de amor, innatos en el alma.

Príncipe de los ingenios en la mejor época de nuestra literatura nos decía con académica elegancia, como Racine señalando a los poetas griegos, unos tras otros: aquí está la idea, la pasión, la bondad, el heroísmo.

Viviendo algunos instantes más la vida de los recuerdos, siento que se despierta en mi pensamiento la memoria ilustre de nuestro ingeniero Marcano, químico y agrónomo, que supo llevar entre sabios de Europa la gala de práctico capaz en ciencias aplicadas e industriales, igualmente que en demostraciones experimentales de fisiología vegetal y de perfeccionamiento de la agricultura. Escritor hábil para esmaltar con dicción propia y expresiva las ciencias y las artes: profesor de altos pensamientos con que llegó a formar escuela y discípulos; que le han valido, sobre el renombre habido en Francia, el de continuador de Vargas, que le hemos dado con razón en Venezuela.

Muerte tan a deshora la suya, que la Patria y las ciencias han llorado con una derrota, pero derrota de exterminio en la campaña del progreso.

Y demás de ellos, otros no menos dignos de ser guardados en la memoria, que no señalo por falta de espacio en el discurso; filósofos, sabios, artistas, potas, literatos, periodistas, oradores que muchos formaron muy meritoriamente la más bella civilización de ideas.

Y luego que con ella hubieron honrado la dignidad de la inteligencia y la gloria del espíritu, arrójanla a la incierta posteridad, de suerte que resplandezca como estrella norte que ha de servir de guía a esta generación, heredera suya a quien el destino, así lo presiento, prepara a muy grandes cosas públicas en el desarrollo interno de la patria, tanto como en nuestra política internacional.

En resolución: dejando para más tarde y otro sitio, discriminar los delicados asuntos, muy variamente mencionados por el Dr. Calcaño, de nuestra peculiar historia, diré para terminar que en

mi modesta medianía me complazco en servir de intérprete de la Academia, para manifestar la satisfacción que le cabe al ver al Doctor Calcaño sentado entre sus individuos de número; bien segura de que su nuevo académico, por sus prendas de inteligencia y por su educación literaria, la ayudará a guardar los anales patrios, porque no se olviden las virtudes de los que han formado y civilizado la Patria; y también para llevar a su fin y perfección las labores con que se propone dar a conocer cada época del país, con el carácter propio de su medio respectivo, y con la verdadera forma original de su literatura que la exprese y pinte.

Señores Académicos: Al dar mi palabra de despedida a la sibila de la historia, juzgadora incorruptible por cuanto noble; apostada en el santuario de las letras, soberbia bien que nunca vengativa, obligada a tratar verdad y a pronunciarla, sin odios ni entusiasmos, quiero rendirle, para más honor, un homenaje de veneración, en nombre de la Academia, grabando en la piedra de su trípode, unas palabras cortas, pero adecuadas a estos asuntos, del discurso de Chateaubriand cuando iba a entrar en la Academia francesa: "Si cierto es, dice, que la envidia oscurece a veces las eminentes cualidades de los literatos, es más cierto aún, que esta clase de hombres se distingue por sus elevados sentimientos, por sus desinteresadas virtudes, por el odio a la opresión, por la abnegación a la amistad, y por la fidelidad para con la desgracia. De esta manera, señores, es como yo pretendo dar importancia a las letras, aplicándolas a las más altas funciones de la moral, de la filosofía y de la historia".